

PQ6565

.54

W33

V.5



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNA MADRE

CAPÍTULO PRIMERO.

Un muerto que anda.

Cuento con que el lector no me exija el nombre del pueblo que ha sido teatro de las singulares escenas que voy á referir, porque aunque los vecinos del pueblo cuyo nombre callo las relatan á todo el que quiere oirlas, sin imponer reserva alguna, yo me considero obligado á guardar sobre este punto un discreto silencio; no tanto, sin embargo, que no me permita dar las noticias más precisas respecto á su situación y á la índole de sus habitantes.

Este pueblo se halla colocado entre dos ciudades del Mediodía de España, y abierto de par en par al camino de arrecife que va de una ciudad á otra, corriendo de Levante á Poniente, y vice versa, por ese doble aspecto de todo camino que, como ya sabemos, va al mismo tiempo que viene.

Es un pueblo de paso, donde por rara casualidad se detiene algún viajero, razón por la que no hay fonda ni hospedaje cómodo, sino simples posadas de grandes patios y extensas caballerizas, preferi-

bles, sin duda alguna, á la intemperie en una noche muy oscura, muy lluviosa y muy fría, porque al fin la cocina es espaciosa y la campana de la chimenea es ancha y hospitalaria.

Formando cruz con el camino que atraviesa la población en toda su longitud, se abre paso una rambla de Norte á Mediodía, dividiendo el pueblo en dos partes casi iguales. Alrededor de la población, y como cercándola, se ven muchos huertos cerrados por tapias, sobre las que asoman sus graciosas copas árboles frutales, campeando en la primavera, entre el raso verde de las hojas, el azahar blanco como el nácar, y la naranja redonda y dorada.

Claro está que es un pueblo agrícola, que vive agarrado al terruño como las raíces de los árboles que sombrean sus huertos, sin más industria que la de sembrar cuando llueve á tiempo y la de coger luego que el sol ha sazonado los frutos. Por el reposo de sus costumbres y la tranquilidad de su vida, se infiere á primera vista que no ha entrado en la corriente de la civilización moderna, permaneciendo estacionario, esto es, tenazmente asido á los tres fundamentos de la sociedad antigua, que son hoy la única esperanza de la sociedad moderna: Religión, Patria y Rey. La Religión de Jesucristo, la Patria de Pelayo y el Rey de derecho divino. Estos tres sentimientos forman la base de todas sus creencias, de tal manera, que hasta los pocos vecinos que se llaman republicanos incurren en las más graciosas contradicciones.

Hace tres años, en una ciudad inmediata al pueblo de que hablamos, ocurrió un caso, que da testimonio de lo que dejo dicho. Levantóse una partida republicana, y muy tranquilamente fué á refugiarse

á las alturas de un monte vecino, donde tuvo que ir á buscarla una compañía de cazadores que salió á darle caza. Á los primeros disparos entró el desorden en las huestes de la república, y cada cuál trató de abrirse paso hasta su casa, apelando á la fuga. Los soldados cargaron sobre los fugitivos, y aquellos fieros republicanos, viéndose tan de cerca perseguidos por las bayonetas de los cazadores, huían arrojando las armas y gritando unos: *¡Favor á Isabel II!*..... otros; *¡Favor al Rey!*..... Así abusan los traficantes en trastornos de la inocencia y de la ignorancia de estas pobres gentes.

El oleaje revolucionario ha pasado por este pueblo sin conmovir la base de sus creencias, y continúa, por consiguiente, siendo religioso y realista; más aún: puesto que se ríe de la Constitución y suspira por los diezmos: atraso sin duda alguna lamentable, pero vaya V. á convencerlo de que la Constitución no lo tiraniza y de que las contribuciones no lo arruinan.

Quiero decir que es un pueblo que se halla fuera del movimiento, como si dijéramos, civilizador que agita al mundo en la edad presente, sin dejarle un momento de reposo: vive de su propia vida, y más cerca de la naturaleza que de la sociedad; asiste al continuo espectáculo de nuestros trastornos políticos como simple espectador, sin tomar más parte en las agitaciones de la vida pública que aquella absolutamente indispensable para su particular conveniencia; no han penetrado allí todavía los ardientes rencores de los partidos, y hacen sus correspondientes pronunciamientos, después que están hechos en todas partes, sin ningún género de violencia y como la cosa más natural del mundo.

Sin embargo, el espíritu moderno ha penetrado

de algún modo en las costumbres. Los vecinos ordinariamente desocupados tienen una casa modesta, donde pasar muchas horas del día y algunas de la noche, matando el tiempo en juegos tal vez inocentes y en conversaciones por lo común ociosas : esta casa es el *Casino*.

En uno de los dos coches que diariamente cruzan la población, deteniéndose en ella el tiempo preciso para mudar caballos, llegué yo á este pueblo en una hermosa mañana de primavera; ocupaba un asiento de berlina, ó, lo que es lo mismo, iba encajonado entre el ventanillo, por cuyo cristal roto entraba á la vez el aire, el sol y el polvo, y un compañero de viaje, ancho como una pared maestra, cuya maciza persona me oprimía con toda la pesadez de un sueño profundo.

Penetró el coche en una pequeña alameda, de la cual pasó con triunfante estrépito á una calle estrecha, larga, llena de vueltas y revueltas, en las que algunas veces los cubos de las ruedas casi tocaban á las paredes de las casas. No obstante, volaba, crujiendo al saltar sobre los baches, torciendo ya á la derecha, ya á la izquierda, é inclinando de una pared á otra la enorme balumba de la *vaca* atestada de equipajes y pasajeros.

De repente la voz del mayoral retumbó como un trueno sobre las cabezas de los caballos, que intentaron pararse, pero que no pudieron conseguirlo, arrastrados por el impulso del coche. Al fin se detuvieron delante de la puerta espaciosa, de un anchuroso parador, en la que, cabizbajos y hasta pensativos, esperaban otros cinco caballos, meditando al parecer acerca de sus tristes destinos.

Sin duda no comprendían bien la activa movilidad de la impaciencia humana; por lo visto no

acertaban á darse cuenta de aquel correr incesante, de aquel ir y venir continuo, llevando y trayendo equipajes y viajeros, siempre á escape, como si huieran de alguna tremenda desgracia ó fueran en busca de alguna dicha suprema.

Y no es extraño que tan inteligentes brutos no comprendieran la razón de tanto correr, de tanta impaciencia y de tanta prisa, porque, bien mirado, nosotros mismos, después de pensarlo mucho, acabaríamos también por no comprenderla.

Ello es que los caballos movían gravemente las cabezas de vez en cuando con lentitud desdeñosa y reflexiva, haciendo sonar los huecos cascabeles de sus collares, como si interiormente exclamaran: «¡Qué hombres!... ¡Qué hombres!...» Mas, justo es decirlo en honor de su filosofía, los cinco animales revelaban en su actitud reposada y paciente una resignación verdaderamente estoica, dispuestos á correr delante del coche hasta dar, digámoslo así, el último suspiro. Como la vida debía serles indiferente, podemos sospechar que no habrían de tener gran empeño en conservarla.

Brillante se llamaba el caballo delantero, y parecía tan fatigado de las glorias y de las vanidades del mundo, que probablemente habría cambiado el brillo de su nombre y el ruido de sus cascabeles por el rincón más oculto de la tierra, donde hubiera podido vivir tranquilo é ignorado. ¡Ah!... los hombres, más ambiciosos que los caballos, no se cansan tan pronto de correr arrastrando por la tierra la vana pompa de sus pesadas grandezas.

Mi compañero de viaje continuaba durmiendo, haciendo temblar los cristales de la berlina con enormes ronquidos, como si un león furioso rugiera dentro de su pecho.

En pocos minutos fueron desenganchados los caballos que venían y enganchados los caballos que esperaban; los primeros se dirigieron lentamente hacia la cuadra, mientras los segundos se colocaron por sí mismos en sus lugares respectivos; ni se advertía en los unos afán por el descanso, ni se observaba en los otros impaciencia por la fatiga.

Oprimido yo por la enormidad personal de mi compañero de viaje, observaba todo esto al través de los vidrios de la berlina, y confieso ingenuamente que unos y otros caballos me enseñaron con su mansedumbre á tener paciencia, obligándome á reconocer, allá para mis adentros, que eran unos brutos dignos de mejor suerte.

Subió el mayoral al pescante y cogió las riendas, haciendo sonar al mismo tiempo el chasquido de su voz y el chasquido del látigo.

Los cinco caballos engallaron las cabezas irguiendo los cuellos, y á la vez alzaron las manos en ademán de lanzarse al galope. Había que tomar una vuelta para entrar en otra calle. *Brillante* trazó un arco de círculo, y siguieron el mismo movimiento los caballos restantes; pero de pronto los caballos retroceden bruscamente detenidos; el coche crujió todo como si hubiera sido aplastado; oí un grito confuso, es decir, muchos gritos á la vez; me sentí á un mismo tiempo lanzado hacia atrás y hacia adelante, y vi al mayoral que, furiosamente despedido de su asiento por la violencia de la sacudida, caía de cabeza sobre la lanza, desapareciendo entre los pies de los caballos. Yo creí que me sumergía; parecióme que el pavimento se hundía debajo de las ruedas, y hubo un instante en que tuve por cosa cierta que la tierra se abría y nos tragaba.

Mi compañero de viaje se vió lanzado, cayendo de boca sobre el ventanillo que tenía delante con todo el peso de su sueño, rompiendo el vidrio con la cabeza. Entonces se despertó, y abriendo los ojos con espantada sorpresa, me preguntó:

—¿Hemos volcado?... .

—No,—le contesté.

—¿Pues qué ha sucedido?—volvió á preguntarme.

—Lo ignoro.

En esto se abrió la portezuela de la berlina, y la voz del zagal gritó:

—Abajo, señores, que se ha roto el eje del juego delantero.

Salí de la berlina, y vi que, en efecto, el eje de hierro se había tronchado como una caña.

¿Cómo había sucedido esto? He ahí una cosa que nadie acertaba á explicársela.

Es verdad que el cubo de una de las ruedas se detuvo tropezando furiosamente con la esquina de la casa por donde empézaba la calle, en el momento en que el coche daba la vuelta arrastrado por los cinco caballos que arrancaron al galope; pero este percance no parecía suficiente para tanto destrozo, y los circunstantes agotaban los recursos de sus cálculos sin encontrar la fuerza que pudo partir el eje de aquel modo.

Entre tanto el mayoral, que había salido ileso de su caída, con asombro de cuantas personas se hallaban presentes, había comenzado á desenganchar los caballos, que, sorprendidos á su vez, no se explicaban tampoco la causa de aquella interrupción inesperada.

Entre el asombro y las dudas de los circunstantes y de los caballos, había una cosa cierta; á saber:

que el coche, inclinado hacia adelante como un hombre que cae de boca, no se hallaba en disposición de continuar el camino. Y no era esto lo peor, sino que no había otro coche con que sustituirlo, y la composición del eje roto era obra de muchas horas.

Así es que mientras los caballos volvían á la cuadra, tan tranquilos como habían salido de ella, los viajeros, impacientes, viéndose detenidos en medio del camino, ponían el grito en el cielo.

En resumen: era preciso pasar el día en aquel pueblo, que ofrecía tan pocas comodidades y tan pocas distracciones, que las horas iban á parecer eternas.

Cada cuál consultaba su interés particular para llevar el extremo de su enojo á límites más ó menos lejanos, y todos convinieron al fin en que era indispensable quedarse, en razón á que no se podía hacer otra cosa.

Yo, confieso ingenuamente que experimenté cierta complacencia al verme libre por algunas horas de la terrible vecindad de mi compañero de berlina, que bramaba furioso al encontrarse con que se hallaban interrumpidos á la vez su sueño y su viaje, y dando media vuelta me fuí á recorrer la población.

Ya hubiera yo querido encontrarme en las exhumadas ruinas de Herculano ó Pompeya, en las catacumbas de Roma ó en presencia de la catarata del Niágara ó delante de las fuentes del Nilo; porque entonces habría tenido ocasión de emplear el tiempo contemplando las más imponentes maravillas de la naturaleza, ó bien dos pueblos de la antigua Roma perfectamente conservados por la lava del Vesubio, bajo cuyas ondas encendidas fueron sepultados, ó, lo que es mejor todavía, los primeros templos

subterráneos del Cristianismo y las augustas sepulturas de los primeros mártires; pero ¿qué hacer, si el pueblo en que me encontraba carece de toda celebridad?... La naturaleza no ofrece allí ningún contraste extraordinario: sembrados que se extienden de sierra á sierra, álamos que se levantan sobre los linderos de los caminos, espesas *paleras* que forman vallados, y muchos huertos encerrados dentro de las líneas rectas de sus cercas y esparcidos alrededor de la población, á la cual envían el aire perfumado con la esencia que exhalan las flores de los frutales.

He ahí todo lo que la naturaleza ofrece.

Por lo que hace al pueblo, no es más que un conjunto de casas más altas y más bajas, en que las más humildes se mezclan entre las más opulentas familiarmente, uniéndose los ricos y los pobres en vecindad íntima, como si unos y otros comprendieran que la Providencia los ha hecho inseparables.

Las calles presentan las mismas desigualdades que las casas, y entran y salen, se ensanchan y se estrechan caprichosamente, enredándose unas en otras, sin orden, sin plan y sin concierto: parece que han brotado espontáneamente de la tierra como las higueras silvestres que nacen en las quebras de los barrancos.

No me ofrecía, pues, la población gran atractivo, ni el paisaje singularidad alguna, pero la mañana era hermosa, viéndose el cielo ligeramente entoldado. Además, nada tenía que hacer en la posada; así es que le volví la espalda, y tomé la primera calle que se me puso delante.

Esta calle me condujo á la plaza, en la cual encontré los dos grandes edificios del pueblo, la Iglesia y el Ayuntamiento; la madre y el hijo, porque

ya sabemos que el municipio ha nacido á la sombra de la Iglesia.

Por medio de la plaza, cortándola diagonalmente, vi cruzar un hombre, llamándome desde luego la atención la singularidad de su aspecto. Al pasar junto á mí, pude observarlo detenidamente, pues marchaba con lentitud, apoyándose, más por costumbre que por necesidad, en un grueso bastón que llevaba en la mano derecha. Iba envuelto en un saco de color de tierra, abrochado en toda su longitud, marcando una espalda recta y unos hombros no exentos de gallardía. Fácil me fué distinguir que esta parte principal de su vestido no era obra del sastre del pueblo, pues aun cuando el corte era ya antiguo y la tela parecía bastante usada, el aire del saco era elegante. El pantalón, casi del mismo color, venía á caer sobre unos grandes zapatos de doble suela, hechos de piel de becerro sin teñir. La cabeza de este personaje, inclinada sobre el pecho, se escondía bajo las alas de un hongo del mismo color, poco más ó menos, que el saco y los pantalones. Todo era en él de color de tierra.

Ciertamente no hay en el traje que acabo de bosquejar ninguna circunstancia que pudiera excitar interés ó curiosidad; mas estoy seguro de que en el pueblo en que nos encontramos nadie vestía de esa manera.

Al verlo desembocar en la plaza, creí que sería alguno de los viajeros que habían venido en el coche cuyo eje se había roto; pero no recordaba haberlo visto entre mis compañeros de viaje, y no era fácil que se me hubiera escapado.

Pasó junto á mí, y al confrontarse conmigo alzó los ojos sin levantar la cabeza, dirigiéndome una mirada penetrante, profunda, llena de desesperación

y de angustia, mirada acerba, adusta, en la cual relampagueaba el fuego sombrío y árido de un dolor sin lágrimas. Creo que Lucifer, al caer de las alturas excelsas al abismo de su eterna desdicha, miraría al cielo del mismo modo.

Yo tuve que recurrir á un grande esfuerzo de voluntad para hacer frente al furor de aquella mirada, y pude ver en su semblante los estragos que dejan en el rostro humano las terribles tempestades del alma.

Indudablemente habían pasado por allí el relámpago, el trueno y el rayo en furiosa tormenta.

Una barba espesa, borrascosa, larga y cenicienta, cubría el semblante de este hombre, cayendo sobre su pecho; parecía la maleza que crece entre las ruinas, y daba á la expresión de su rostro un aspecto salvaje. Los pómulos de las mejillas se marcaban vigorosamente, y las cejas, anchas y espesas, uniéndose en el nacimiento de la nariz, prestaban á su frente y á sus ojos audacia y dureza: la desolación se reflejaba en toda su fisonomía.

Yo lo seguí con la mirada, seguro de que contemplaba al principal personaje de algún drama tremendo.

Observé que la gente que lo encontraba al paso lo miraba sin interés y sin curiosidad, y semejante indiferencia me hizo creer que los vecinos del pueblo estaban familiarizados con su presencia; para ellos no ofrecía novedad alguna aquel ser de tan sombrío aspecto que llamaba mi atención, excitándola vivamente.

Desde la parada de la diligencia donde había ocurrido el fracaso que me detenía en aquel pueblo, me siguieron algunos chicos de esos que con semblantes alegres y voces lastimeras acometen á los

viajeros pidiéndoles limosna en todos los pueblos de España, excepto en las Provincias Vascongadas, provincias muy pobres, en las que, sin embargo, el viajero no se ve asediado en los puntos donde se detiene por pobres que le pidan limosna.

Había yo distribuido algunas monedas de cobre entre ellos; mas no parecían satisfechos de mi prodigalidad, y me seguían, sin duda alguna resueltos á averiguar hasta dónde llegaba la capacidad de mi bolsillo.

Uno de ellos, reparando en la distraída atención con que yo miraba al hombre de las barbas, cambiando repentinamente el tono lastimero y doliente con que excitaba mi compasión, me dijo con cierta impaciencia:

—No habla.

—¡Ya! (añadí yo.) ¿Es mudo?

—No,—me contestó otro.

—Si no es mudo (repliqué), ¿por qué no habla?

Al oír esta pregunta, me miraron como sorprendidos, y se encogieron de hombros.

Uno de ellos creyó, y con razón, que aquella respuesta no me satisfacía, y lanzando con ímpetu hacia el tejado de la iglesia una piedra que tenía en la mano, dijo:

—Es que está loco.

Una muchacha, al parecer de diez años, que llevaba á otra de dos en brazos, hizo un respingo con la boca, exclamando:

—¡Sí, loco!

—Pues ¿qué le pasa?—pregunté.

La misma muchacha me contestó muy formalmente, diciendo:

—¡Toma!.... que está *condenao*.

—¿Y por eso no habla?

—¡Pues!

—¿Vive en este pueblo?

—Aquí vivía.

—Pues ¿dónde vive ahora?

—En ninguna parte.

—¡Cómo!....

—Se murió.

—¡Demonio!

—Hace dos años.

—Dime, hija mía: ¿y se permite en este pueblo que los muertos anden por las calles?

—Como que no pudieron enterrarlo.

—¿Por qué?

—Porque al sacarlo de su casa para llevarlo á la iglesia se sentó en la caja.

—¿Y qué?

—¡Toma! Los que lo llevaban echaron á correr.

—¿Y lo dejaron solo?

—Solo.

—¡Ya!

—Sí, señor.

—¿Y luego?

—Nadie se determinaba á entrar en la casa.

—¿De miedo?

—¡Pues!

—¿Á quién?

—Al difunto.

—¡Si estaba vivo!

—¡Vivo!.... Sí; muerto y remuerto.

—Y tan muerto (añadió otro muchacho), como que desde entonces no le ha oído nadie el metal de la voz.

—Y el perro aullaba (dijo otro), y atemorizaba oírlo.

—¿Qué perro?....

—Aquel... Mire V.: aquel perro negro que lleva delante, y que lo sigue á cuantas partes va; porque, mire V., caballero; desde que se murió, no para su cuerpo; anda que te anda, por aquí entro, por aquí salgo, sin decir esta boca es mía y sin cansarse; unas veces por el pueblo y otras por las huertas, no entra en ninguna casa, va y viene, y el perro siempre delante.

Hice nuevas preguntas, cuyas respuestas no me dieron más luz acerca de este extraño personaje, objeto de las más disparatadas imaginaciones por parte de las gentes sencillas; y como no tenía otra cosa que hacer, me dirigí hacia el punto de la plaza por donde acababa de desaparecer aquel muerto ambulante.

Me propuse seguirlo, examinarlo de cerca y despacio, dirigirle la palabra y obligarlo á hablar. Si era mudo, nos entenderíamos por señas; si estaba loco, tal vez no me fuera difícil averiguar la causa de su locura; y si en efecto era un ser del otro mundo, debía ser muy curiosa la razón que le obligara á permanecer todavía en este, después de haber pasado por el terrible trance de morir.

De todas maneras, una conversación con un difunto habría de ser forzosamente mucho más interesante que cualquiera de las que solemos entablar con los vivos.

CAPÍTULO II.

El hombre y el perro.

Llegué á la esquina de la plaza, y me encontré con tres calles que, partiendo de una misma confluencia, se extendían más ó menos tortuosas, separándose unas de otras conforme adelantaban, del mismo modo que los rayos de una estrella. Por lo que pude advertir, las tres iban á parar á las últimas casas del pueblo.

Tendí la vista por ellas en busca del hombre mudo, loco ó difunto que había visto cruzar la plaza con su saco de color de tierra y sus barbas de color de ceniza; pero inútilmente registré aquellas calles solitarias, pues había desaparecido, sin dejar señal ninguna de su paso.

Según la lentitud con que marchaba, no había trascurrido tiempo suficiente para que hubiera podido ocultarse en los extremos de las calles que alcanzaban mis ojos desde el punto en que me hallaba, y presumí que habría doblado alguna de las esquinas que formaban las callejuelas trasversales.

No soy partidario de los términos medios; mas en esta ocasión, teniendo que elegir entre tres ca-